

Estas palabras produjeron el efecto esperado. Carolina, Nanteuil y Ana se reunieron inmediatamente á Orchamps. La puerta había sido abandonada, y Lucía Aubré huía, mientras que el Conde guardaba el oro que había arrojado sobre la mesa y se levantaba.

—¿Pues qué, no jugáis ya?—exclamaron.

—No, por ahora no.... Más tarde.... Voy á tomar el aire.... Ya volveré.

III.

Cuando, doce años antes, Leona había suplicado al señor Dubreuil que se encargase de su hija, le había dicho que no pretendía partir con él los cuidados que le daría esta niña, y que le dejaría ser padre á su gusto, marchándose de Francia para no caer en la tentación de faltar á su palabra. Cumplió esta promesa; pero ¿quién puede imaginarse la tristeza de aquella partida y la desesperación que debía sentir al separarse para siempre de su hija? Al abrazarla se decía: «Ya no la abrazaré más.» La hizo hablar para oír su voz y recordarla siempre. Quiso hacerla repetir mil veces esta palabra que la había alegrado tantas veces el corazón: «Madre mía»; pero no se atrevió, porque era preciso que la niña se acostumbrase á dar este nombre á otra

mujer. La contempló largo tiempo, examinando detenidamente sus facciones, para grabarlas bien en su imaginación y volverlas á ver cuando estuviera lejos; atrajo dulcemente hacia ella la diminuta cabeza de la niña, y eligiendo de entre sus bucles el más dorado, le cortó, escondiéndole en su pecho. En fin, después de haberse dispuesto diez veces para marchar, y haber tomado otras tantas entre sus brazos á la pequeña Lufsa, que la miraba con tristeza, como si comprendiese que aquel era el último adiós de su madre, la oprimió contra su corazón con un último y estrecho abrazo, y desprendiéndose de ella súbitamente, se alejó sola, sollozando, desesperada.

Al día siguiente de esta escena, de este adiós postrero, Lucía Aubré se embarcaba para los Estados Unidos. Acababa de salir de *Liverpool* á bordo de un *paquebot* inglés, cuando reconoció á Orchamps sobre el puente, en medio de los numerosos pasajeros. La sorpresa fué grande, tanto en uno como en otro; pero no se tradujo de la misma manera en los dos. El Conde, en su alegría de encontrar entre tantas personas desconocidas á la mujer que más le había impresionado en toda su vida, corrió hacia ella; pero Leona, no teniendo razón alguna para alegrarse, estando entregada por completo á su dolor, no deseaba tener ninguna distracción; así es que le recibió fríamente. Si en aquella

ocasión Orchamps la hubiera ofrecido noblemente su amistad; si hubiera respetado su tristeza, sin tratar de combatirla y de adivinar su causa, tal vez hubiera logrado vencer la antipatía que por él sentía Leona. El aislamiento, unido al trato que forzosamente tiene que establecerse en el mar entre las personas que se conocen y han tenido puntos de contacto en su existencia, hubieran podido acaso, si Orchamps hubiera sido delicado, hacerla olvidar sus resentimientos. Ya se sabe que hasta los que dentro de su patria son enemigos irreconciliables, suelen llegar á ser amigos inseparables en el extranjero. Pero Orchamps no tenía delicadeza en su corazón, y pensando que su estrella le deparaba por compañera de viaje, de un viaje por medio del Océano, á una mujer encantadora y fácil, creyó obrar más cuerdamente no dejándola tranquila y persiguiéndola con asiduidad. Hufa de él, yendo desde el puente á las cámaras de los pasajeros, y de éstas á aquél; pero siempre le encontraba, ya en un sitio ó ya en otro. Su rabia y su desprecio hacia Orchamps aumentaban á medida que aumentaba el amor de éste hacia ella. Sentía por Leona el amor de los sentidos en toda la plenitud del deseo; pero su corazón no entraba para nada en aquella pasión, que aumentaba y se exaltaba más y más con la resistencia.

Por fortuna, la travesía fué de corta duración; y Leona, apenas llegó á New-York, adonde nada la detenía, se dirigió precipitadamente, huyendo del Conde, hacia otro punto de los Estados Unidos. Aquella huída fué aún más sentida de Orchamps, porque, encontrándose solo y sin recursos, no podía poner en ejecución sus proyectos para enriquecerse, necesitando para llevarlos á cabo algún dinero, que, no conociendo á nadie, le sería tal vez imposible adquirir; pero, demasiado filósofo para desesperarse, pensó que la fortuna, que tan adversa le había sido en Francia, debía serle propicia en América. No se engañaba: eligiendo un día cigarros en una tabaquería de *Broad-Way*, que es una de las principales calles de New-York, vió un anuncio, del que le chocaron algunas palabras, aunque apenas lo comprendía, pues conocía muy mal el inglés.

—¿Qué dice ese anuncio?—preguntó á un francés que se encontraba á su lado.

—Es el de la próxima lotería de la Habana.

—¿Cuándo sale?

—Dentro de tres días.

—¿Hay premios de importancia?

—Los hay desde quinientos francos hasta quinientos mil.

—Entonces, serán muy caros los billetes.

—Sí; pero se puede comprar una fracción de

billete, que da opción á la correspondiente de premio.

—¿Me hacéis el obsequio de pedir para mí una de esas fracciones?

—Con mucho gusto.

Y Orchamps, provisto de aquel papel de un valor muy problemático, continuó su paseo, sin preocuparse por haber disminuído su ya reducida fortuna.

Algunos días más tarde, el *Correo de los Estados Unidos* publicó el resultado de la lotería de la Habana, viendo el Conde en él que su número había salido premiado con cincuenta mil francos.

Apenas cobró esta suma, se decidió á pagar algunas deudas de juego que había dejado en París. Ascendían á treinta y cinco mil francos, que debía á dos ó tres personas distintas. Escribió á cada uno de sus deudores la fábula que le hemos oído contar á Nanteuil; y tomando en casa de un negociante letras por valor de los treinta y cinco mil francos, las unió á las cartas, y las remitió á París.

¿Por qué después de dejar la Francia, por huir de sus acreedores, se ocupaba en pagarles precisamente en el momento en que estaba al abrigo de sus persecuciones? ¿Su estancia en los Estados Unidos le había hecho adquirir tan pronto sentimientos de delicadeza, desconocidos

para él hasta entonces? ¿Se había despertado su conciencia al abandonar á París? Debía dudarse de ello; la conciencia se interesa muy poco en el pago de una deuda de juego; sólo el amor propio suele intervenir para obligar á satisfacerlas; y sería desconocer á Orchamps, creerle capaz de haberse arrepentido tan pronto. Sólo su conveniencia le había dictado aquella regla de conducta: desde que estaba en América, su sola aspiración era volver á París, llevando bastante dinero para satisfacer sus caprichos y vivir según sus aficiones. No dudaba, después de su inesperada ganancia, que un brillante porvenir estaba próximo, y al pagar sus deudas de juego había querido reconquistar la consideración y el crédito que con su huida había perdido, y que á ciertas existencias parisienses les es completamente indispensable.

Con los quince mil francos que le quedaban resolvió ir á buscar fortuna á Nueva Orleans, que es indudablemente la población de los Estados Unidos que ofrece más recursos á los franceses. Orchamps imaginó, al llegar á ella, una clase de especulación muy apropiada á sus gustos y costumbres. El gobernador de aquel departamento había prohibido terminantemente jugar á la ruleta y al treinta y cuarenta; pero no se le había ocurrido prohibir las modificaciones que de estos juegos podía hacer un hombre de ima-

ginación como Orchamps. En efecto: el Conde eludió la ley, inventando una modificación que, teniendo los mismos atractivos para los jugadores que la ruleta, difería, sin embargo, de ella lo suficiente para no poder ser prohibida. Esta modificación de la ruleta, que funcionó en los cafés y en los bailes públicos de Nueva Orleans, merece una breve descripción: las treinta y seis divisiones habían sido reducidas á doce, y el número inscrito en cada una de las divisiones había sido reemplazado por el dibujo de un animal cualquiera, de suerte que no era el número ocho ó nueve el que ganaba, sino el oso ó el camello.

Nueva Orleans le debe además otra de sus distracciones: esta distracción es el juego de la lotería, que el Conde organizó vastísimamente. En una sala inmensa, en que había gran número de largas mesas de madera y bancos para sentarse, se distribuía á cada jugador un cartón mediante la cantidad de un *escalin* (sesenta céntimos próximamente). Se calculaba el número de *dollars* que hacían los *escalines* recolectados, y después de haber separado algunos para el dueño de la casa, se anunciaba la cantidad que en aquella lotería se podía ganar, que era, por consiguiente, más ó menos considerable, según el mayor ó menor número de jugadores. Entonces subía un hombre á una especie de púlpito, y anunciaba los números que iban saliendo, en

francés y en inglés. El que primero llenaba una de las filas horizontales de un cartón, daba sobre la mesa un formidable puñetazo para indicar que había ganado (la satisfacción que los americanos experimentaban al dar el puñetazo influyó mucho en la aceptación que tuvo este juego), y recibía, si no se había equivocado, el número de *dollars* que precedentemente se había anunciado.

Orchamps vigilaba aquellos juegos; pero no los dirigía, y no los dirigía, no porque dudara de que lo haría hábilmente, ni porque le faltase el valor necesario para ejecutar las inicuas maniobras necesarias para estafar al prójimo (el deseo de poseer la fortuna que había soñado para satisfacer todos sus caprichos, le hubiera dado el valor que no tenía), sino porque había encontrado, para reemplazarle, un hombre inteligente, que conocía muy bien el carácter americano, y le asoció á él para poder vivir en los Estados Unidos de la misma manera lujosa é inactiva que había vivido en París.

Una noche, en el teatro, al dirigir sus gemelos sobre un grupo de hermosas mujeres, apercibió á Leona, que aun en medio de ellas parecía encantadora, encontrándola aún más bella que á las seductoras criollas que la rodeaban. Aquel encuentro hizo renacer en el Conde la pasión que ni la ausencia ni las preocupaciones que ha-

bía tenido para lograr enriquecerse habían podido sofocar: á pesar de sentirse abrasado por su antigua pasión, no saludó aquella noche á Leona. Tenía muchos motivos para creer que sería recibido de una manera tan fría y desdeñosa como las veces precedentes, y no quiso exponerse á ello en público; esperó á la salida del teatro, y al ver que Leona iba sola, se la aproximó, siendo recibido por ella más cortésmente de lo que esperaba. Le dijo que hacía ya bastante tiempo que vivía en Nueva Orleans; pero que, siguiendo las costumbres de las mujeres criollas, no salía casi nunca, y que era lo más probable que no se hubieran visto, á no ser la casualidad de habérsela ocurrido la idea de ir aquella noche al teatro.

Orchamps, después de acompañarla hasta su casa, obtuvo permiso para ir á ver al día siguiente. Aquellas visitas agradaron mucho á la pobre reclusa: por primera vez, desde hacía largo tiempo, podía hablar con una persona que la comprendía, de Francia, donde había sido dichosa; de París, á quien la distancia hacía más seductor; de aquella vida pasada que no echaba de menos, pero que recordaba haber amado. Gracias á los recuerdos de la patria, los dos enemigos se hubieran reconciliado pronto, si Orchard se hubiese contentado con aquellas conversaciones en que Leona, dejándose llevar de

sus recuerdos, se animaba, y aparecía aún más hermosa; pero estos placeres no podían satisfacer la pasión material del Conde. Se obstinó en ver en su nueva amiga á la entretenida de otras veces, explicándose su presencia en América de una manera maliciosa. Creía que Leona, imitando á otras mujeres que durante algún tiempo imponen sus caprichos en las grandes ciudades, había ido á buscar á América uno de esos generosos... *protectores*, cuya rara especie, pensaba el Conde, iba desapareciendo en París; y aunque nada podía asegurar, sin duda alguna le había encontrado ya, puesto que persistía en seguir viviendo en Nueva Orleans, lo cual no hubiera sucedido á no haber hallado lo que buscaba. Con tales creencias, se comprende fácilmente que el Conde pensaba que toda deferencia, toda delicadeza, eran ridículas, y que sólo los *dollars* de la lotería y de la ruleta podían llegar á proporcionarle el placer de satisfacer el más ardiente de sus caprichos.

No pudo resistir sus tentaciones, é hizo proposiciones que fueron rechazadas con dignidad. Aquel desinterés le parecía inverosímil, trastornando por completo sus ideas. Se preguntaba á sí mismo si el aire de América tenía la virtud de hacer santas á las mujeres más pecadoras. Consultó su conciencia, diciéndose que si también él habría llegado á ser honrado sin aperi-

birse de ello; pero el maquiavélico plan que concibió casi en el mismo instante, vino á demostrarle que continuaba siendo el mismo de siempre. Se trataba de comprar á las dos doncellas que servían á Lucía, y de introducirse cuidadosamente en la casita que habitaba, venciendo de este modo una virtud, que tal vez, como muchas otras *virtudes*, quería aparecer como una víctima después de rendirse.

De concebir el plan á ejecutarlo, dado el carácter del Conde, no había más que un paso; pero por su desgracia no había sido bien combinado. Una noche en que intentó saltar la empalizada que rodeaba el jardín de Leona, fué cogido por el cuello por uno de los numerosos agentes de policía encargados de la seguridad pública en Nueva Orleans, y conducido á la cárcel como salteador nocturno. Al día siguiente pudo darse á conocer y hacer creer á los jueces que sólo por una mala inteligencia del agente había sido detenido; pero desde aquel momento tomó aversión á la ciudad testigo de su desgraciada aventura; encontró entonces deplorables las costumbres americanas; tuvo miedo á la fiebre amarilla, en que jamás había pensado; creyó que había contraído una enfermedad en aquel país, y decidió volver á Francia. Ultimó sus negocios, vendió lo que tenía, y se embarcó para el Havre con una cantidad que para muchas personas hu-

biera constituido una fortuna. Desgraciadamente el Conde no había adquirido en América costumbres modestas : seguía gustándole el juego, la buena mesa, las mujeres y las carreras de caballos. Los *dollars* desminuían rápidamente, y Orchamps estaba próximo á encontrarse en la misma posición que ya una vez le había obligado á abandonar rápidamente la Francia.

IV.

Después de la partida del Conde, Lucía Aubré vivió algunos meses en América. Su vida se parecía á la de la mayor parte de las mujeres criollas de Nueva Orleans. Envuelta en sus trajes flotantes de gran ligereza, extendida en una hamaca ó columpiándose en una mecedora, en medio de corrientes de aire hábilmente preparadas, pasaba sus días combatiendo lo más victoriosamente posible los mosquitos y el calor, que reinan siempre en este país, durante nueve ó diez meses del año. Por la tarde se ve á aquellas mujeres buscar la frescura en los jardines, sobre las azoteas, y, cuando el barrio está aislado, delante de las puertas de sus casas: las que viven próximas, se entretienen en murmurar, y sólo las más intrépidas se atreven á dar

un paseo por la plaza de Pontalba, ó á ir á admirar los almacenes de las calles de Bourbon y Condé, ó á entrar en algún comercio de novedades del barrio Americano. Se extrañará tal vez que Leona, con sus costumbres parisienses, pudiera habituarse á aquella existencia; pero todas las personas que tienen necesidad de vivir en los países cálidos concluyen por encontrar agradable esta vida inerte é indolente que, aunque sin placeres y privada de todo incidente, llega poco á poco á hacérsenos necesaria.

Además, la vida real tenía poca importancia para Lucía Aubré, que con el pensamiento fijo siempre en la dicha de su hija, estaba constantemente ocupada en contestar á las cartas recibidas de Francia. El señor Dubreuil, fiel á sus promesas, la escribía á menudo: la hablaba al principio de los juegos, de las risas, de las primeras lecciones de su hija. Después, algunos años más tarde, la hablaba ya de sus gracias, de sus inocentes coquetorías, de la impresión producida en el mundo por la aparición de la niña. Era la mayor dicha para esta mujer, completamente alejada de todas sus afecciones, el recibir una de aquellas cartas tan ardientemente deseadas. Lucía olvidaba al leerlas la tristeza de una separación tal vez eterna. Un día, en una de ellas, encontró un papel cuidadosamente doblado, y sobre el cual una mano inhábil todavía, había trazado algunas

líneas: aquellas líneas estaban trazadas por la mano de su hija. Cuando tuvo este papel entre sus temblorosos dedos, la pareció que el universo se había alegrado y que oía celestiales armonías; aquellos caracteres casi indescifrables se animaron súbitamente á su vista, tomaron cuerpo, le parecieron tener espíritu, un pensamiento, un corazón. Su adorada Luisa no estaba en Francia, á dos mil leguas: estaba allí, á su lado; la hablaba, la oía, se abrazaban. Otra vez, una carta del señor Dubreuil vino en un sobre de luto. ¿Qué indicaba aquella señal de duelo? ¿Había sucedido alguna desgracia? Leona palideció, dudó, y no se atrevió á abrirla; pero la duda es horrible, y, haciendo un esfuerzo, abrió la carta y leyó estas palabras: «Luisa está bien, señora; pero mi mujer, que os había reemplazado á su lado, ha muerto». Lucía Aubré lanzó un grito de alegría. Sus temores se habían disipado: su hija vivía todavía: ¿qué la importaba lo demás? Pero cuando, transcurridos algunos momentos, pudo reflexionar, lloró á aquella pobre mujer que había sido para su hija una protectora y una amiga.

Lucía contestó al señor Dubreuil una sentida carta, á la que nada hubiera tenido que añadir la más delicada y honrada mujer. La antigua entretenida se había regenerado con los nobles instintos que habían nacido en ella al ser madre.

Exponía tímidamente sus deseos al señor Dubreuil acerca de la educación de su hija, y le daba á veces consejos que demostraban un gran conocimiento de la vida y del corazón humano. El estilo de sus cartas era natural y elegante. ¿Quién la había enseñado á expresarse así? Nadie: su corazón solamente.

La ocupación de contestar á aquellas cartas tan deseadas, sus exagerados temores y las alegrías que casi siempre la llevaba el correo de Francia, entretuvieron ó hicieron agradable la existencia de Leona durante su larga permanencia en Nueva Orleans. El señor Dubreuil, que temía que volviera á París, la animaba á continuar su voluntario destierro, pensando que seguiría sus consejos y no abandonaría nunca la América. Sin embargo, un día, sin que hubiera sobrevenido ningún incidente, el deseo ardiente, invencible, de ver á su hija, se apoderó por completo de su alma. Luchó, se recordó el deber que tenía de continuar allí, haciendo de aquel deber un arma para alejar de sí los deseos de volver á su patria, combatidos hasta entonces victoriosamente; pero su energía se había agotado ya en las continuas luchas que había sostenido consigo misma, y no tuvo valor para resistir á la tentación que la dominaba.

En París vivió casi tan oculta como en Nueva Orleans, hasta el día en que, sorprendida por

Desobry mientras contemplaba á su hija, é invitada por él, no pudo resistir al deseo de comer con Armando de Clairvaux, que, según había observado, debía hacerla el amor.

Luisa de Dubreuil (todo el mundo la conocía por este nombre), era en la época en que la presentamos á nuestros lectores una encantadora y elegante joven, de maneras llenas de gracia y distinción. Rubia como había sido su padre, no tenía de Leona más que sus ardientes ojos, velados por largas pestañas, su adorable boca y su triste sonrisa. Cuando la trasladaron de la casa del camino de *Marnes* á la de los señores de Dubreuil, en que los rostros y los objetos eran completamente desconocidos, su corazón sintió una gran tristeza. Llamaba á gritos á la buena Margarita y á la hermosa señora que tanto la besaba cuando por las mañanas iba á verla todos los días. Para consolarla, la habían prometido que pronto volvería; pero como los niños son olvidadizos y á menudo ingratos, otros entretenimientos y otros cariños reemplazaron á aquellos que en un principio la habían hecho suspirar. Su nueva familia la robó pronto la afición que sentía por su madre, que poco á poco fué extinguiéndose.

El señor Dubreuil tenía un gran cariño á Luisa, porque al ir á su casa, no sólo le había salvado la vida y restablecido su crédito, sino

que además había hecho que su mujer se pusiera buena. Dubreuil consideraba á la pobre niña como si fuera su propia hija, pensando que había venido á reemplazar á la que el cielo le había arrebatado; pero no le sucedía lo mismo á su mujer, porque una hija no puede reemplazarse jamás en el corazón de una madre; así es que las penas de ésta, mitigadas en un principio, se despertaron más tarde con toda su cruel intensidad. Su dolor quebrantó su ya delicada naturaleza, y murió al cabo de algunos años, agobiada por el inmenso dolor de haber perdido á su hija. Aquella pérdida fué horrible para el señor Dubreuil, y su afección por Luisa disminuyó sin tener conciencia de ello. No podía ya quererla tanto, puesto que no había tenido poder bastante para curar á su adorada y santa mujer. La joven no tuvo nada que reprocharle; pero no era para ella un padre, sino un tutor que cumplía concienzudamente los deberes que en otro tiempo se había impuesto.

Cuando llegó á la edad de la razón, el señor Dubreuil la confesó que no era su hija, inventando una fábula para explicarla el misterio de su nacimiento y los motivos por qué había sido abandonada y adoptada por él. La manifestó al mismo tiempo su deseo de que continuase llamándose Luisa de Dubreuil, para que todo el mundo la creyera con derecho á llevar aquel nombre. Así transcurrieron para la joven los años,

sin que ningún acontecimiento, excepto la muerte de la señora de Dubreuil, viniera á turbar su tranquila vida. Pasaba solamente en París tres á cuatro meses del invierno, viviendo el resto del año en la casa de campo que el banquero no había ya querido vender cuando se arreglaron sus negocios.

En aquella casa de campo fué donde conoció á Armando de Clairvaux, que habitaba con su padre, amigo del señor Dubreuil, un hotelito inmediato. ¿Cómo y por qué se había enamorado de él? El amor de una jovencita es una cosa encantadora; pero no puede contarse su historia, porque es siempre la misma. El corazón, silencioso hasta entonces, late con violencia; su alma se asombra, se inquieta, se agita, desea algo, que no sabe, que no se explica lo que es. Ve á un joven, y su imaginación le adorna con los más nobles sentimientos, la gusta, le encuentra amable, y su espíritu se queda más tranquilo, porque ha hallado lo que buscaba: aquel hombre suele ser su primer amor, y tal vez también el último.

La atracción que Armando sentía hacia Luisa, como todos los amores que experimentan los hombres, varían según sus condiciones é instintos. Hijo único y adorado de su padre, que satisfacía hasta sus menores caprichos y le concedía cuanta libertad deseaba, Clairvaux había gozado libremente de los placeres parisienses.

Muy joven aún para haberse saciado de ellos, sentía ya, sin embargo, el hastío que producen, y empezaba, cuando encontró á Luisa, á cansarse de aquellos amores comprados, que eran los únicos que había conocido. Al comparar á la señorita de Dubreuil con las mujeres que hasta entonces habían constituido su sociedad, la encontró tan superior, que se enamoró perdidamente de ella. El señor de Clairvaux recibió la confianza de aquel nuevo secreto, y aprobó su elección, porque no veía ningún obstáculo para que se verificase el matrimonio de la señorita de Dubreuil con su hijo. Sintió un gran placer al saber que Armando quería poner fin á su vida desordenada, y se felicitó por su sistema de educación, que consistía en dejar en libertad á los jóvenes para que puedan satisfacer sus pasajeros caprichos, con objeto de que el deseo de gustar placeres honrados y el sentimiento del deber les atraigan y formalicen antes. En cuanto al señor Dubreuil, ocupado con sus asuntos y acostumbrado á tratar á Luisa y Armando como á dos niños, no se apercibió de aquella naciente pasión, que tal vez le hubiera alarmado.

Clairvaux, viendo que nadie se oponía á su dicha, y que podía, el día que lo deseara, casarse con Luisa, no se apresuraba á pedir su mano al señor de Dubreuil. Luchaba contra una vanidad excesiva, que le hacía pensar que al casarse iba

á parecer ridículo á las gentes con quien trataba, y también con el temor de no ser amado por Luisa. Este temor es muy natural en las personas que, como él, están acostumbradas á vivir en una sociedad de mujeres que no quieren más que por vanidad ó por cálculo. Se había, pues, propuesto, para probar su cariño, pedirla una cita: «Si accede á mi petición (se decía), es que me ama». Después añadía sin casi querérselo confesar á sí mismo: «La inocencia de Luisa no será destruída, y podré decirme que si no he hecho de ella mi amante, ha sido porque he querido respetarla y hacerla mi mujer».

Persistiendo en esta idea, había dado en las carreras una carta á la señorita de Dubreuil, suplicándola que fuera aquella noche al pabellón del jardín. La joven vaciló antes de tomarla; dudó luego si debía leerla, luchando más tarde entre su deseo de complacer á Armando y el temor de cometer una falta.